



HAL
open science

Transformaciones en la dinámica política argentina. La ciudad de Buenos Aires: marginación partidaria y vitalidad del espacio público

Sebastián Mauro

► **To cite this version:**

Sebastián Mauro. Transformaciones en la dinámica política argentina. La ciudad de Buenos Aires: marginación partidaria y vitalidad del espacio público. Anuario Americanista Europeo, 2011, 9, pp.1-23 (Sección Varia). halshs-00826795

HAL Id: halshs-00826795

<https://shs.hal.science/halshs-00826795>

Submitted on 28 May 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Transformaciones en la dinámica política argentina. La ciudad de Buenos Aires: marginación partidaria y vitalidad del espacio público

Sebastián Mauro*

Resumen: *En el contexto del declive de los partidos políticos como articuladores de identidades colectivas, la ciudad de Buenos Aires, capital de Argentina, presenta una evolución particular. Luego del colapso de su sistema partidario, ganaron popularidad discursos identificados con el progresismo, facilitando la reelección del Jefe de Gobierno. Pero apenas tres años después, dicha retórica entró en un declive que condujo a la destitución del mandatario comunal y, en las elecciones posteriores, al triunfo de un candidato de centroderecha. El artículo describe e interpreta la evolución de este proceso.*

Abstract: Transformations in Argentine political dynamics. The city of Buenos Aires: party marginalization and vitality of the public sphere

In the context of the decline of political parties as articulators of collective identities, the city of Buenos Aires, capital of Argentina, presents a particular development. After the collapse of its party system, they gained popularity speeches identified with progressivism, facilitating the reelection of local chief of government. But just three years later, such rhetoric came into a decline that led to the dismissal of the communal leader and, in the subsequent elections, to the triumph of a candidate of centre-right. The article describes and interprets the evolution of this process.

Palabras clave: partidos políticos, progresismo, crisis de representación

Keywords: political parties, progressivism, crisis of political representation

Diversa literatura¹ ha coincidido en señalar una transformación en las solidaridades sociales que estructuraron a las sociedades del siglo pasado, lo que ha implicado un proceso de fragmentación de las identidades colectivas, hasta entonces cristalizadas en torno de antagonismos totalizadores –como, por ejemplo, la lucha de clases– y de organizaciones de masas, como partidos políticos o sindicatos. En las últimas décadas, numerosos estudios empíricos, desde perspectivas divergentes, han revelado la tendencia a la fragmentación de los partidos políticos y los movimientos sociales, en una diversidad de contextos nacionales y regionales².

Ante la fragmentación de las solidaridades sociales, la política se vuelve más necesaria para dar forma a las identidades colectivas, pero los partidos políticos ya no

* Becario del CONICET, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Argentina, seasmauro@hotmail.com.

¹ Cf. Bauman 2003; Giddens 1996; Mouffe 2007.

² Cf. Calise 2000; Garretón 2002; Mair 2005; Manin 1998; Mellucci 1994.

parecen ser los sujetos de esta mediación. Incapaces de movilizar a los individuos construyendo lazos solidarios e instalando diferencias políticas significativas, han perdido cohesión como organizaciones y capacidad para hegemonizar el debate público. Los nuevos actores emergentes, por otra parte, son incapaces de consolidarse en el tiempo, actuando en áreas geográficas variables, con discontinuos e irregulares niveles de compromiso y organicidad, en el contexto de sociedades segmentadas y sociológicamente ilegibles. ¿Qué clase de dinámicas se instalan cuando los partidos políticos son desbordados por otros actores que compiten en la enunciación política, pero continúan monopolizando el proceso de selección democrática?

Evitando la pretensión de construir una lectura unívoca de un conjunto heterogéneo de fenómenos, se propone abordar estas cuestiones encarando un estudio de caso. En el caso argentino, el distrito de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) se destaca por una extrema fragmentación y volatilidad de los actores políticos. Su sistema de partidos ha colapsado luego de la crisis de fines de 2001, en el marco de una activa intervención ciudadana en el debate público, a cargo, muchas veces, de colectivos circunstanciales. En este sentido, se analizará la conformación de los actores políticos y sociales en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires durante el período 2003-2007.

Entendemos que, en el marco del colapso del sistema partidario, los líderes políticos fueron eficaces en construir coaliciones partidarias circunstanciales a partir de instalar perspectivas sobre la coyuntura social y política, especialmente estableciendo en agenda cuestiones centrales de la agenda pública, como la corrupción o la inseguridad. Antes de analizar estos fenómenos, se introducirá brevemente el proceso de transformación y erosión de las identidades políticas en la Argentina reciente.

EL DESCONGELAMIENTO PARTIDARIO Y LA CRISIS DE REPRESENTACIÓN

Las dos presidencias del líder justicialista Carlos Menem (1989-1999) transformaron profundamente la dinámica política que parecía haberse instalado durante la transición democrática. Su ambicioso programa de reformas económicas e institucionales modificó la fisonomía de la sociedad argentina, transformando a los dos principales partidos políticos: el Partido Justicialista (PJ, o peronismo) y la Unión Cívica Radical (UCR).

Frente a la erosión de las certidumbres sociales causada por la crisis hiperinflacionaria de finales del gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989), de la Unión Cívica Radical (UCR), el gobierno menemista construyó su legitimidad instalando una frontera entre un pasado caótico y la promesa de orden, transformando las tradiciones del PJ. La promesa subordinaba la reivindicación por la igualdad social a la resolución del problema del orden, lo que significó la detención del péndulo ideológico característico del populismo peronista entre los polos nacional-popular y nacional-estatal³, a favor de este último. La reorientación ideológica del peronismo significó una alianza con cuadros técnicos y políticos de extracción conservadora, promotores de la liberalización económica, quienes diseñaron un programa de reformas tendientes a la desregulación, la privatización y la descentralización administrativa (Oszlak 1994). El

³ Cf. Aboy Carlés 2001.

abandono de la identidad obrera del PJ fue equilibrado por una organización flexible de redes territoriales, que mantuvo la lealtad de los precarizados sectores populares (Levitsky 2005). Tempranamente, tanto la opinión pública como la literatura académica (Palermo y Novaro, 1996) observaron la expansión de intercambios clientelares y de prácticas de patronazgo que sostenían a dichas redes; así como la proliferación de prácticas corruptas para garantizar el apoyo de potenciales actores de veto al proceso reformista.

Sin embargo, la estabilidad económica alcanzada por el Plan de Convertibilidad⁴ aseguró un apoyo social extendido, como se manifestó en los triunfos electorales del PJ en 1991 y 1993 (incluso en la Capital Federal, tradicional enclave de fuerzas no peronistas). Ello se explica, asimismo, por el descrédito en que había caído la UCR luego de la debacle económica de su último gobierno. Durante el primer mandato menemista, su principal preocupación sería sostener su cuota de poder institucional (que se definía, especialmente, en las arenas provinciales) hasta que emergiera una nueva figura política con predicamento en la opinión pública.

Dichas transformaciones ofrecieron las bases para el desgaste del bipartidismo argentino, permitiendo el surgimiento de terceras fuerzas competitivas, que crecieron especialmente en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, cuyo electorado se mostraba crecientemente desleal. Este fenómeno se puso en evidencia en las elecciones de 1994, donde se eligieron convencionales para la reforma constitucional. La definición del proceso de reforma, que habilitaba a Menem a competir por su reelección en acuerdo con la UCR⁵, fue interpretada por el electorado como una manifestación de la connivencia entre los dos partidos tradicionales.

Este clima de opinión fue aprovechado por el diputado porteño Carlos “Chacho” Álvarez, temprano desertor del bloque justicialista, quien supo aprovechar las oportunidades del campo de la comunicación política para instalar un liderazgo personalista de fuerte arraigo en la opinión pública, sin edificar un partido político organizado. Primero, desde el Frente Grande (FG) —que alcanzó un 13% de los votos en la elección de 1994—, y luego desde el Frente País Solidario (FREPASO) —que desplazó a la UCR del segundo puesto en las elecciones presidenciales de 1995—, siguió una trayectoria de constante crecimiento electoral en los distritos metropolitanos, especialmente, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Su popularidad residía en la identificación con el ciudadano común, por oposición a los políticos tradicionales, asociados a prácticas corruptas. Esa imagen condensaba expectativas heterogéneas de un sector mayoritario del electorado urbano (Torre

⁴ En el año 1991 se aprobó por ley la paridad cambiaria entre la moneda argentina y el dólar estadounidense y se estableció el respaldo en reservas de toda la moneda circulante. La ley intentaba dotar de confianza a la moneda argentina, restringiendo por completo la autonomía del Tesoro Nacional para emitir moneda.

⁵ A fines de 1993, el Presidente Menem acordó con el ex Presidente Alfonsín la aprobación parlamentaria del inicio del proceso de reforma constitucional con agenda cerrada, en el denominado “Pacto de Olivos” (1994). La reforma incluía elementos centrales del sistema electoral, donde Menem concedía ventajas para el fortalecimiento de la UCR como segunda fuerza política, a cambio del derecho a competir por un segundo mandato consecutivo. El carácter cerrado del pacto ponía en escena la connivencia entre ambas fuerzas, que se repartían el poder a espaldas de la ciudadanía. Cf. Corral 2007; Novaro 2004.

2003). Mientras un grupo se mostraba disconforme con las consecuencias sociales de las políticas implementadas por el menemismo, un número creciente de ciudadanos rechazaba los sucesivos escándalos de corrupción. La progresiva convergencia de estos vectores en la figura de Álvarez dependía de su capacidad para mantener un discurso polisémico y una organización flexible, eludiendo compromisos muy precisos frente al electorado o a sus propios asociados (Novaro 2006; Ollier 2002).

Este panorama se complejizó luego de la reelección de Menem en 1995. Mientras los costos sociales del modelo económico se volvían evidentes, otros actores políticos emergieron y se consolidaron en el campo opositor, dificultando las perspectivas del FREPASO.

La inauguración de una esfera política autónoma en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires⁶, a partir del estatus que le asignaba la Constitución de 1994, abrió un conjunto de oportunidades para que los nuevos actores de la oposición política se posicionaran con miras a la renovación del ejecutivo nacional en 1999. El proceso de autonomización concluyó con la convocatoria, en 1996, a elecciones para Jefe de Gobierno y convencionales encargados de la redacción de la Constitución local. La contienda electoral se convirtió en una arena para la instalación de liderazgos opositores.

Por un lado, el ex Ministro del Interior, Gustavo Beliz, presentaba su candidatura al frente de un grupo de ex dirigentes peronistas, y era promocionado por el ex candidato presidencial del FREPASO, Octavio Bordón (quien finalmente abandonó el partido por diferencias con Álvarez). Al entramado de ex dirigentes menemistas se sumaría más adelante el ex Ministro de Economía y creador de la Convertibilidad, Domingo Cavallo, con su propio sello electoral, Acción por la República (APR). Por otra parte, la UCR lograría recuperar protagonismo en la escena porteña a partir del liderazgo de Fernando de la Rúa, imponiéndose en las primeras elecciones ejecutivas locales.

Estos acontecimientos, sumados a la amenaza de un giro en el peronismo hacia un discurso crítico de la gestión de Menem (enunciado por el gobernador bonaerense Eduardo Duhalde), llevaron a Álvarez a ensayar una estrategia coalicional con la UCR, acentuándose las tendencias a la heterogeneidad organizacional y al vaciamiento discursivo. La Alianza (entre la UCR y el FREPASO) se convertiría en la contracara de la corrupción menemista, elevando la figura individual de Fernando de la Rúa (UCR), su candidato presidencial, como la condensación de la promesa de renovación política y la garantía de continuidad del modelo económico.

En las elecciones presidenciales de 1999, la Alianza (con la fórmula De la Rúa – Álvarez) se impuso sobre los candidatos del PJ (Eduardo Duhalde) y de APR (Domingo Cavallo). Aunque el clima de opinión proaliancista benefició la alternancia en algunas intendencias (como Córdoba, Morón y Neuquén), su triunfo en las presiden-

⁶ Desde su federalización en 1880, la capital de la República Argentina era gobernada por las autoridades nacionales: el Congreso Nacional dictaba sus principales leyes (y un Concejo Deliberante electivo sólo sancionaba reglas menores) y el Presidente ejercía, a través de la designación de un Intendente, el poder ejecutivo. Una de las modificaciones de la Constitución Nacional establecía para la Ciudad un gobierno autónomo, con un Jefe de Gobierno y una Legislatura electos por el voto popular; aunque la reglamentación posterior, a cargo del Congreso, limitó algunas esferas de autonomía. Cf. Landau 2010.

ciales no se tradujo en una redistribución del poder en los territorios provinciales, manteniendo el PJ la mayoría de las gobernaciones. En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el frepasista Aníbal Ibarra alcanzó la Jefatura de Gobierno meses después.

Apenas un año más tarde, el discurso aliancista se revelaba incapaz de resolver las faltas que impugnaba a su predecesor, agravándose la crisis económica por la pérdida del financiamiento externo, y estallando diversos escándalos de corrupción, uno de los cuales derivó en la renuncia del vicepresidente quien los denunciaba, con el consecuente quiebre de la coalición y su reestructuración a partir de la entrada de Domingo Cavallo en el Ministerio de Economía. Dichos fracasos configuraron una coyuntura crítica de disolución social y política, en la cual las características imputadas por el discurso frepasista al gobierno de Menem se trasladaron a las élites políticas en su conjunto, cada vez más percibida como una “clase” parasitaria y corrupta. Esos elementos se manifestaron electoralmente en el récord de abstención y voto blanco y nulo en las elecciones legislativas de 2001⁷, y tuvo su desenlace en la profundización del ciclo de movilización y protesta hacia finales de ese año, con la renuncia anticipada del Presidente, condicionada por una manifestación popular de novedosas características.

La ciudad de Buenos Aires fue el epicentro de un conjunto de protestas inorgánicas, distribuidas en distintos puntos de la trama urbana, y unidas por la impugnación hacia las élites políticas, que lograron un alto impacto en la política local, llevando al colapso del sistema partidario porteño con la marginación de la UCR y del PJ en el distrito y la disolución del FREPASO y otras fuerzas renovadoras. En los siguientes meses, ésta fue la arena donde emergieron novedosas formas organizacionales de la sociedad civil (las denominadas “asambleas barriales”), con gran influencia en la política callejera, pero fuertemente localizadas, relativamente inorgánicas y, como se corroboró después, efímeras.

REORGANIZACIÓN DE LA COMPETENCIA POLÍTICA LUEGO DEL COLAPSO PARTIDARIO

Luego de la renuncia de Fernando de la Rúa, los intentos fallidos de normalización evidenciaron la disolución de las solidaridades políticas y sociales preexistentes, reemplazadas por una polisémica diferenciación entre *la gente* y *los políticos*. Frente a la crisis del FREPASO, el declive de la UCR y la fragmentación del PJ, los legisladores nacionales designaron al entonces senador justicialista Eduardo Duhalde (ex gobernador bonaerense y candidato presidencial) para completar el mandato de Fernando de la Rúa. Pocos días después sería derogado el régimen de Convertibilidad. Este vertiginoso proceso político y social, constituyó un punto de inflexión de las certidumbres que estructuraban la competencia partidaria.

⁷ A nivel nacional, se registraron porcentajes inéditos de votos en blanco y nulos (para la categoría diputados nacionales, sumaban el 23,99% de los votos emitidos, cerca de 4,5 millones de votos), así como de baja concentración de votos hacia los dos partidos tradicionales. La dispersión electoral y el clima político previo a las elecciones dotaron de sentido a las que, en los ciclos electorales, eran consideradas categorías residuales: el foco ya no estaba puesto en la participación electoral, sino en la “abstención” (entendida como el producto de una decisión); ya no en los votos positivos sino en el “voto bronca”.

Duhalde presentó su gestión como una transición entre un pasado de crisis social (cuya responsabilidad recaía sobre toda la dirigencia política, él incluido) y un futuro de indeterminado recambio político. En el marco de una ciudadanía desconfiada e indignada con los representantes, pero que, no obstante, valoraba los procesos democráticos, la institución electoral era interpretada por los actores relevantes como la clave para recomponer la autoridad política. Sin embargo, la campaña electoral ofrecía pocas certidumbres sobre el futuro del proceso político: ninguno de los candidatos (autoproclamados, en representación de etiquetas partidarias *ad hoc*) alcanzaba en las encuestas siquiera el 25% de la intención de voto. Mientras la UCR sufría una centrifugación de sus cuadros, el PJ se desgarraba en la disputa entre Eduardo Duhalde (quien había prometido no presentarse a las elecciones y no encontraba un candidato propio) y el ex Presidente Menem, quien cosechaba mínimas pero sólidas adhesiones.

Las elecciones presidenciales fueron excepcionalmente desdobladas no sólo de las elecciones provinciales, sino también de los comicios para elegir diputados nacionales. Esta medida, sumada a las recurrentes modificaciones en la fecha de las presidenciales, incrementó el margen de autonomía de los mandatarios provinciales para usar el calendario electoral en su propio beneficio, lo que profundizó la desnacionalización del sistema de partidos (es decir, la fragmentación del sistema político nacional en múltiples sistemas provinciales) y la disgregación de las organizaciones partidarias (es decir, su fragmentación territorial y funcional).

En este contexto, el Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra, se encontraba en una posición particular: la crisis había devorado la coalición que sostenía su gobierno, y colapsado al sistema partidario porteño en su conjunto. Ante esta situación, Ibarra desplegó un conjunto de mecanismos para contener el derrumbe social (causado por la crisis económica) y las protestas sociales (manifestación de la crisis política). Ello le permitió no sólo sostenerse en el gobierno, sino instalarse como un líder político relevante en un contexto de fragmentación y crisis.

Frente al proceso electoral de 2003, acuñó una estrategia para protegerse de la incierta escena nacional y facilitar su reelección: el uso estratégico del calendario electoral. Ibarra recurrió, en primera instancia, al adelantamiento de las elecciones, con el objetivo de eliminar de la competencia a los candidatos presidenciales con predicamento en la CABA. Esta estrategia fue luego inhabilitada por el Poder Judicial, lo que derivó, casi accidentalmente, en un segundo impulso a la ambición ibarrista, dado el clima de opinión que instaló el gobierno nacional del justicialista Néstor Kirchner.

Luego de acceder al cargo con el 22% de los votos en las elecciones presidenciales de abril de 2003, Kirchner procuró construir un liderazgo popular que se apoyara en los logros del gobierno duhaldista en materia de estabilización de la economía, pero que, al mismo tiempo, ampliara su agenda con una promesa de recambio político. La rápida implementación de políticas que recuperaban algunas de las más importantes demandas sociales, como el tratamiento no represivo de la protesta social, el impulso a la renovación de la Corte Suprema de Justicia o la activa política sobre derechos humanos, señaló ante la opinión pública la voluntad de implementar una agenda de centroizquierda. Estas políticas hicieron verosímil la convocatoria del Presidente hacia los actores no peronistas de la centroizquierda del arco político, a la que de-

nomino *transversalidad*. La enunciación kirchnerista construyó su frontera respecto de un pasado de crisis e injusticia social (“la década de 1990”) que no sólo incluía a la Alianza y al menemismo, sino que reconocía sus raíces en la última dictadura militar (1976-1983). El terrorismo de Estado, el desmantelamiento de la industria nacional y la ausencia estatal en la regulación de la actividad económica eran condensados en la caracterización de un mismo modelo de corrupción, impunidad y exclusión (Slipak 2007).

Para el perfil de Ibarra, la convocatoria de Kirchner y el sentido que éste asignaba a la renovación política constituían una oportunidad de volver a presentarse como parte de un espacio progresista, como lo fuera el desaparecido FREPASO. Ello lo ubicaba en mejor posición que su principal contendiente, el empresario y dirigente futbolístico Mauricio Macri, quien, durante la campaña presidencial, fue asociado a Carlos Menem.

A partir de la accidentada definición del calendario electoral, Ibarra logró ubicarse como principal referente de un abanico de fuerzas políticas. Acompañado por el Ministro de Cultura de la CABA, el justicialista Jorge Telerman, la candidatura al ejecutivo local funcionó como el vértice de una pirámide de listas para cargos legislativos⁸. Habilitando la coexistencia de diferentes listas que apoyaban al mismo candidato al ejecutivo, la definición de candidaturas se resolvió exteriorizando la disputa interna a la elección general. Por un lado, esta estrategia se veía favorecida por el sistema electoral porteño, perfectamente proporcional y sin umbrales para la asignación de bancas, y por la excepcional convocatoria a la renovación total de la Legislatura, lo que permitía a fuerzas políticas menores acceder a alguna banca con un menor caudal de votos. Por otro lado, la excepcional concurrencia de las elecciones a diputados nacionales facilitó la negociación ampliando el número de cargos a distribuir.

Por su parte, Mauricio Macri presentó su nuevo partido, Compromiso para el Cambio (CPC), en alianza con una pluralidad de partidos menores. También construyó su coalición en forma piramidal, externalizando la competencia entre sus asociados a la elección general. Sus listas estaban compuestas principalmente por referentes del peronismo porteño, alternados con referentes provenientes de otros partidos políticos (como la UCR, APR o el Partido Demócrata), o con cuadros menores de mínima o nula trayectoria partidaria.

Durante la campaña electoral, los candidatos principales al ejecutivo porteño coincidieron en referirse al hartazgo de la ciudadanía frente a las frustraciones causadas por la corrupta “vieja política”. Tanto Ibarra como Macri se presentaron como los promotores de lo público, frente a la degradación y apropiación que la vieja política había hecho de ese espacio. La polisémica disconformidad ciudadana se convirtió en objeto de disputa entre los candidatos, que intentaban instalarse como expo-

⁸ Entre los sectores que participaron del armado político se encontraban dos desprendimientos de la desaparecida Alianza que habían presentado sus propios candidatos presidenciales, con un marcado discurso de centroizquierda: el Partido Socialista y el recientemente formado Afirmación por una República Igualitaria (ARI), liderado por la diputada Elisa Carrió. También participaron del armado sectores vinculados al kirchnerismo, desprendimientos de la UCR, movimientos sociales (en especial, la Central de Trabajadores Argentinos) y partidos distritales minoritarios.

nentes de la renovación política, asignándole distintos sentidos a los reclamos de la sociedad civil y retomando los tópicos de los discursos precedentes sobre la corrupción. En este contexto, el discurso kirchnerista fijó eficazmente un sentido particular de la demanda ciudadana, que condicionó la eficacia de los discursos políticos de campaña para suscitar el reconocimiento del electorado porteño.

Aníbal Ibarra presentó su candidatura a la reelección como parte de un proceso general de renovación política, cuyo principal signo era el triunfo de Néstor Kirchner sobre Carlos Menem en las elecciones presidenciales. El Jefe de Gobierno intentaba integrarse en la frontera discursiva, construida por el Presidente, con “la década de 1990”. Del mismo modo que en el nivel nacional, la Ciudad de Buenos Aires también era disputada por dos “modelos” políticos. De un lado, el proyecto plural y democrático de renovación política y defensa de lo público. Del otro, la aventura personal de un empresario beneficiario de la política corrupta de la década de 1990.

Uno representa al Estado sometido a la corporación empresaria, el Estado privatizado. Y otro que se opone a esto. Yo confronto porque defendiendo la educación pública, la salud (Aníbal Ibarra, citado por Clarín, 24/03/2003).

Hay un modelo que impulsa una fuerte presencia de lo privado, donde se desnuda lo público. Hay una ciudad que acompaña el proceso abierto en la Argentina y un modelo de ciudad que pone un freno y un contrapeso a ese proceso. Yo me ubico en la primera opción comprometido con el éxito de este momento (Aníbal Ibarra, citado por La Nación, 17/08/2003).

La diferenciación respecto de la década precedente encontraba una significación particular en la oposición entre la persecución de intereses privados y la defensa del interés público. Ibarra insistía en describir a Macri como un empresario que se benefició de la corrupción política haciendo contratos ruinosos para el Estado. Retomando una cuestión sensible en el electorado, ubicó a su adversario como parte de una coalición social que se apropió ilegítimamente de bienes públicos, que los *privatizó*.

Ibarra arremetió contra Mauricio Macri, a quien lo imagina partidario de ‘un Estado que sea absorbido por una corporación empresaria, dedicada a hacer negocios por decenas de millones de dólares’ (Clarín, 29/03/2003).

[Sobre fondo naranja, una tipografía blanca contrastaba con la réplica de una tipografía negra] Algunos quieren una sociedad anónima. Nosotros, una sociedad justa (afiche de campaña de Fuerza Porteña).

En estos términos, su propuesta progresista aparecía identificada con la *defensa de lo público*. Al igual que el discurso del FREPASO, la referencia a la defensa de lo público condensaba dos vectores. En primer lugar, tematizaba la cuestión social de la exclusión, identificándose con el proyecto de reconstrucción de un espacio de integración social por la promoción de derechos ciudadanos. En segundo lugar, lo hacía sin renunciar a la cuestión republicana del respeto por las instituciones, identificando a este lugar “de todos” como algo anterior y ajeno a la disputa política. Si bien esta operación resultó eficaz tanto para contener la atracción populista como para

identificar a la centroderecha con intereses particulares, estos logros se alcanzaban a costo de vaciar al progresismo de reivindicaciones igualitaristas más radicales.

Del otro lado, el discurso macrista también se diferenciaba de la *vieja política*, caracterizando a los políticos tradicionales a partir de la contradicción entre la capacidad para hacer promesas y ofrecer grandes discursos, y la incapacidad para cumplir con una administración eficiente de la cosa pública. Como en la enunciación ibarrista, el eje que distinguía un pasado de crisis del futuro prometido era análogo a la distinción entre la preocupación por los intereses particulares y la promoción del interés público. En este sentido, *los políticos*, que prometen durante las elecciones pero no tienen capacidad para resolver “los problemas de la gente”, estafan al electorado, poniendo delante del bien público su interés particular por mantenerse en el poder.

... son 8 años de gestión que tengo en Boca, en los cuales siempre hubo una coherencia entre lo que dije y lo que hice. Yo le pregunto a Ibarra quién es porque estoy bastante confundido. Acá hay una cosa que hay que entender: dijimos que se vayan todos, pero dimos la vuelta a la manzana y quedaron los mismos. (Mauricio Macri, citado por La Nación, 17/08/2003).

Para mí la política no es algo para conseguir un cargo o ganar plata, no es una carrera a la fama o al poder, es el instrumento para poder servir. No soy un hombre grandilocuente y de grandes discursos, prefiero los hechos concretos a las promesas (Mauricio Macri, 13/08/2003, durante el debate televisivo en el programa “A dos voces” -TN).

La descripción macrista del contexto sociopolítico no distaba de los sentidos asignados por los actores a la protesta social de fines de 2001, que seguían una línea de tematización de la corrupción que la identificaba con la ineficacia estatal y con el incremento del déficit fiscal, por la desviación de fondos públicos para mantener a la “corporación” política. En esta interpretación, la propia actividad partidaria era devaluada como el esfuerzo de una corporación parasitaria por mantenerse en el poder. Como contracara, era valorada la experiencia de aquellos que vienen desde “fuera de la política”, automáticamente libres de su corrupta situación. Macri resaltó su condición de *outsider*, como alguien que “llegaba a la política” desde un exterior, tan particular como la conducción del club de fútbol más popular del país, o desde la condición de empresario exitoso. Esta llegada era tematizada por el candidato como un esfuerzo, como un sacrificio por servir al bien común: un *Compromiso para el Cambio*.

La construcción de la figura de Macri a partir de la “llegada” desde un lugar exterior a la política, posibilitaba que los ciudadanos se reconocieran en la identificación, sumamente difícil para un empresario millonario, entre el candidato y *la gente*, apelada insistentemente como “vecinos”. Sobre esta identidad, Macri podía instalarse como el auténtico promotor por la recuperación de aquello que había sido degradado: el espacio público. En este sentido, las figuras míticas del barrio y la plaza, y la apelación a un pasado armonioso, constituyeron la columna vertebral del discurso macrista en torno al tema de la inseguridad. Antes que enfatizar una política punitivista, la tematización del tema condensaba a la demanda de seguridad con una vaga

promesa de inclusión social, exaltando la necesidad de recuperar una convivencia armónica perdida.

Tenemos que volver a ser dueños de cada esquina, de cada cuadra, de cada plaza. Tenemos que volver a sentirnos seguros y libres... No quiero más rejas, no quiero más alarmas, quiero a las vecinas tomando mate en la vereda (Mauricio Macri, acto de apertura de campaña en el Luna Park, 27/03/03).

Lo que más nos pide la gente es un cambio, porque el vecino porteño no se resigna a vivir en esta Buenos Aires sucia, insegura y con un Estado que parece ausente y al que nosotros vamos a poner a trabajar desde el primer día. (Mauricio Macri, citado por La Nación, 18/08/2003)

En las elecciones del 24 de agosto, Mauricio Macri se impuso con el 37,55% de los votos, el resultado más bajo en las tres elecciones ejecutivas celebradas en el distrito desde la declaración de su autonomía en 1994, por lo que debió enfrentar una segunda vuelta electoral contra la fórmula Ibarra-Telerman, que había obtenido el 33,54% de los votos. En la nueva competencia, se puso de manifiesto el difundido rechazo a la figura de Macri, revelando la eficacia de la construcción discursiva de Ibarra. El Jefe de Gobierno, finalmente, fue reelecto por el 53,5% de los votos, frente al 46,5% de la fórmula de CPC.

No obstante, el macrismo conquistó cinco bancas en la Cámara de Diputados de la Nación, y, sumadas sus cuatro listas de candidatos a legisladores porteños, obtuvo 23 bancas en la Legislatura porteña, mientras que el ibarrismo, conquistó cuatro bancas para el Congreso Nacional, y 21 bancas en la Legislatura local. De este modo, se produjo un resultado ambiguo: mientras Aníbal Ibarra había logrado la reelección y había validado su discurso de impugnación a la figura de Macri (cuyo nivel de rechazo entre el electorado se puso de manifiesto en el ballotage), este último había logrado reunir un grupo de legisladores más poderoso que el resto de los fragmentados actores que habían ingresado al reparto de poder institucional.

DEMANDAS CIUDADANAS Y DÉFICIT DE MEDIACIÓN POLÍTICA

En el marco de la mencionada distribución de poder institucional en el distrito de la CABA, un año más tarde, el 30 de diciembre de 2004, se produjo un incendio en el microestadio *República de Cromañón*, ubicado en el barrio porteño de Balvanera. Durante un recital del grupo de rock *Callejeros*, pirotecnia lanzada desde el público encendió los materiales inflamables de las instalaciones, provocando una nube de humo tóxica que, en un local abarrotado y con deficientes ventilaciones y salidas de emergencia, produjo la muerte de 194 jóvenes.

La magnitud del hecho lo convirtió en un *acontecimiento*: tanto para los damnificados directos –para quienes constituía una tragedia privada–, como para la sociedad en su conjunto, significó una interrupción de la “normalidad”, que requería algún tipo de puesta en sentido, tanto privada como pública. La necesidad de construir un relato sobre el acontecimiento derivó en la producción de discursos sobre la inseguridad y la corrupción, involucrando a una pluralidad de actores en la esfera pública e instalando procesos de diferenciación política. El caso movilizó a los medios

de comunicación y a la opinión pública, y derivó en la emergencia de reclamos de justicia, cuya intensa actividad de protesta, en el marco de un sistema partidario fragmentado e incapaz de procesar políticamente la demanda ciudadana, condujo a la erosión de la coalición electoral que había construido Ibarra en 2003.

Los discursos movilizados por los grupos de familiares de víctimas articulaban dos temas centrales del imaginario político argentino: por un lado, su demanda podía inscribirse en términos de *inseguridad* (definiendo a ésta como la desprotección de los ciudadanos por parte del Estado frente a la falta de escrúpulos de los empresarios, es decir, como la desprotección de *todos* frente a los intereses de *algunos*); mientras que la denuncia de sobornos como facilitadores de este estado de cosas lo asociaba directamente al significante *corrupción* (definido, como señaláramos anteriormente, como la gestión de los bienes de *todos* en beneficio de los intereses de *algunos*). El incumplimiento de la protección de los ciudadanos por parte del Estado fue entendido como un síntoma de una estafa de los políticos, que prometen para hacerse con el cargo y luego no cumplen con una gestión eficiente.

La articulación entre ineficiencia, corrupción e inseguridad reactualizaba el marco interpretativo enunciado por Macri en 2003, volviéndolo verosímil en una coyuntura en que su fuerza política se mostraba homogénea y significativa en los espacios institucionales de la ciudad. El macrismo utilizó estos recursos para ejercer oposición, pero al mismo tiempo quedó en la incómoda posición de llevar un proceso político potencialmente costoso frente al electorado. En esta línea el macrismo encontró la compañía y la presión, de los partidos de izquierda, y un aliado renuente en el ARI, otrora parte importante de la coalición progresista gobernante.

El Jefe de Gobierno movilizó el mismo discurso inaugurado en 2003, denunciando un intento de “golpe institucional” por parte de sectores de la vieja política y la derecha de los negocios, lo que lo ubicaba en el centro de un espacio progresista supuestamente amenazado. La actitud ambivalente de la opinión pública, de la sociedad civil movilizada y de la gran mayoría de los actores políticos estuvo dominada por la pugna entre estas dos descripciones del proceso, y sus alineamientos finales ante las instancias decisivas obedecían por completo a estas definiciones de la situación.

El desarrollo de este proceso acontecía en paralelo al ciclo electoral de 2005 (renovación de la Cámara de Diputados de la Nación y de la mitad de la Legislatura porteña). La marginación política de Aníbal Ibarra, jaqueado por la movilización en su contra, complicó el panorama de la transversalidad, precisamente en una coyuntura en la que Kirchner asumía la batalla contra el “pejotismo”, encarnado en su otrora promotor, Eduardo Duhalde. La completa dependencia que mostró Ibarra hacia Kirchner, en el momento en que más se requería su aporte, constituyó un golpe en la estratégica vinculación del discurso populista con los sectores medios, que fue soslayado en su momento por la contundente victoria en la Provincia de Buenos Aires, y el consecuente disciplinamiento de los poderes peronistas locales.

En las elecciones porteñas, la polarización entre un presente progresista y el pasado de la derecha de los negocios, se encontró distorsionada por el desplazamiento de los actores. El contundente triunfo de Mauricio Macri (reteniendo su caudal electoral intacto incluso en los distritos que, se suponía, le eran esquivos), marcó el inicio

de un nuevo equilibrio de fuerzas, que lo ubicaban como primera minoría, seguido de dos fuerzas de expresión nacional.

Este nuevo equilibrio se cristalizó, incluso antes de la renovación legislativa, en el proceso político a Ibarra, que fue suspendido y sometido a Juicio Político por su responsabilidad en el déficit del régimen de controles de seguridad que permitió el incendio de Cromañón. De la gran coalición progresista, ahora sólo contaba con el apoyo de unas legisladoras propias, el socialismo, el bloque kirchnerista (que se reveló como el más indisciplinado, definiendo la suerte del Jefe de Gobierno) y algunos aliados menores. La protección del gobierno nacional fue uno de los pilares de su estrategia para evitar la destitución, en la convicción, sostenida por los sondeos, de que la opinión pública apoyaba su continuidad en el gobierno. La confianza depositada en estos factores se reveló, finalmente, excesiva.

Ibarra alternó la difusión de sondeos de opinión favorables y la convocatoria a diversos actores de la sociedad civil para validar su discurso, según el cual la instancia de Juicio Político era un intento de “golpe institucional” promovido por un grupo minoritario de corruptos e inescrupulosos. Para ello, recurrió al apoyo de un puñado de padres de víctimas del incendio de Cromañón, de manera de impugnar la imagen de unidad del movimiento. El reclamo de justicia aparecía, entonces, interpretado como una reacción desmesurada e irracional frente al extremo dolor, objeto de manipulación política.

Sin embargo, los grupos de familiares demostraron su capacidad de presión sobre el sistema político, sosteniendo la demanda cuando la mayoría de los opositores creían conveniente no llegar a la destitución. Su eficacia no residía en la legitimidad de su palabra, sino en la amenaza de descrédito a los referentes políticos que se manifestaran abiertamente en contra de su reclamo. “Mandar al frente” a los políticos resultó eficaz en un contexto de dispersión partidaria y desconfianza ciudadana, contrarrestando el apoyo pasivo de la opinión pública a Ibarra en las encuestas. El fracaso en la opinión pública dejó como único sustento al FPV, que atravesaba sus propias disputas internas respecto de qué posición tomar frente al caso. La heterogeneidad de la coalición kirchnerista en la arena nacional y en el bloque porteño derivó en la falta de unidad para fijar una estrategia frente a un escenario costoso en términos electorales, para defender a un aliado que en situaciones menos dramáticas eligió diferenciarse del oficialismo (como sucedió ante los incidentes frente a la Legislatura). A ello responde la saliente indisciplina del FPV en las instancias de interpelación, acusación y destitución.

En este contexto de dispersión y debilidad, la amenaza de deslegitimación también influyó en el voto de los dispersos bloques de izquierda, así como generó disputas al interior del macrismo y del ARI. En los dos últimos casos, los respectivos bloques votaron disciplinadamente, pero sus efectos se manifestarían más adelante. En las filas macristas, la destitución resultó no sólo un fortalecimiento del espacio en su conjunto, sino también de aquellas figuras que promovieron el avance en el proceso (en especial, la jefa del bloque de CPC, Gabriela Michetti) frente a aquellos que aconsejaban negociar condiciones para mantener al Jefe de Gobierno en su cargo. En el ARI, la posición en el Juicio Político sintonizaba con la reorientación ideológica que Carrió imprimió a la lista electoral, privilegiando la articulación con sectores del

polo no peronista del arco político y diluyendo la identificación con la centroizquierda.

REORGANIZACIÓN DEL CAMPO POLÍTICO LUEGO DE LA DESTITUCIÓN DEL JEFE DE GOBIERNO

Una vez destituido Ibarra, fue confirmado en el cargo el Vicejefe de Gobierno, el justicialista Jorge Telerman. Buscando asegurarse condiciones para la gobernabilidad y faltando poco más de un año para la renovación del Ejecutivo local, promovió acercamientos hacia todos los sectores del arco político porteño, profundizando la dinámica de realineamientos políticos permanentes.

Frente al proceso electoral de 2007 (en el que se renovaba la Jefatura de Gobierno y la mitad de la Legislatura local, así como Presidente y legisladores nacionales), Jorge Telerman reeditó las estrategias delineadas por Ibarra en 2003 para lograr su reelección. En el intento de aglutinar un espacio plural de fuerzas progresistas, Telerman adelantó la fecha de las elecciones para dificultar la instalación de candidatos alternativos dentro del espacio, lo que forzó el alineamiento del ARI, del socialismo y de parte del kirchnerismo. Sin embargo, el Presidente Kirchner no apoyó su candidatura, y promocionó la figura del Ministro de Educación, Daniel Filmus, lo que derivó en una larga disputa entre ambos candidatos para hegemonizar el espacio que condensó Ibarra en 2003.

Pero la disputa se desarrollaba en un contexto muy diferente al de 2003, que progresivamente fue revelándose incompatible con la reedición de la oferta ibarrista. En primer lugar, la herramienta de la *transversalidad* utilizada por el kirchnerismo había mostrado sus limitaciones, especialmente luego de que la resolución de la interna peronista le otorgara al oficialismo una herramienta electoral y de gobierno mucho más eficaz. En este sentido, el oficialismo optó por una nueva estrategia coalicional, denominada “concertación”, que aglutinaba una diversidad de liderazgos y estructuras desde el criterio de la gobernabilidad: desde 2003, Kirchner había reparado en la importancia de los poderes territoriales y, con miras hacia el período 2007-2011, el presidente consideraba vital posicionarse al frente de una “liga de gobernadores” para garantizar la estabilidad del gobierno.

En segundo lugar, reeditar la oferta ibarrista chocaba con el hecho contundente de que el propio Ibarra participaba de la contienda, y en una fila opuesta a la de Telerman. Y eso sin contar un hecho fundamental en el que parecían no reparar ninguno de los actores: Ibarra había sido destituido y la identificación con su propuesta había sido derrotada electoral e institucionalmente.

Por último, estos dos elementos mencionados configuraban un margen muy estrecho para construir una propuesta progresista independiente, en tanto el desperfilamiento ideológico tanto de Kirchner como de Carrió (e incluso de Macri) abonaba el terreno a un clivaje entre *populismo* y *república*, cortando por la mitad el abanico de la centroizquierda.

Estos tres elementos fueron sistemáticamente soslayados por los actores progresistas, que agotaron sus recursos en una pelea abierta por ocupar el lugar de contendiente con el macrismo, sin darse cuenta de que esa misma batalla desgastaba la mayoría que el progresismo suponía cristalizada (Mauro 2009). En este sentido, la

proliferación de referentes progresistas contribuyó a un vaciamiento aún mayor de su propuesta (ser “progre” podía significar ser peronista o ser antiperonista, luchar por la distribución del ingreso o por la vigencia del Estado de Derecho, llevar un estilo de vida sofisticado y bohemio, o sencillamente estar a favor de la escuela y la salud públicas), y el progresivo desdibujamiento de la frontera con un pasado que era cada vez más lejano, abrió paso a una nueva interpretación de los acontecimientos políticos.

En este sentido, el macrismo logró instalar un nuevo punto de identificación política a partir de la profundización de una estrategia que ya le había dado el triunfo en 2005. La derrota de Ibarra luego del incendio del estadio de Cromañón habían validado la lectura macrista sobre el progresismo vacío (o progresismo del discurso y no de los hechos), dando una densidad especial a los síntomas de los déficits del Estado (se refiere a las particulares formas de definir *inseguridad* y *corrupción*) al encarnarlas en las incapacidades técnicas o personales de los liderazgos progresistas. Esta desautorización de la retórica progresista dejaba expuesta a la articulación nacional-popular, cuyo énfasis en el conflicto político y desdén por la retórica liberal democrática podían ser fácilmente imputados como déficits del kirchnerismo. En este sentido, Macri podía invertir la narrativa de un espacio público (neutral, apolítico, *de todos*) amenazado por una voluntad de apropiación, ahora encarnada en el discurso nacional-popular kirchnerista (Montero 2007). Como se ha planteado desde el inicio, esta inversión de la frontera progresista no podría haberse efectivizado sin el vaciamiento programático previo (que fue, paradójicamente, la condición de su acceso a las mayorías), por el cual el progresismo sólo implicaba la defensa de lo público, como espacio neutral y ajeno a la lucha política.

Por otra parte, para que estos elementos pudieran condensarse, Macri debió profundizar el desplazamiento de su oferta política de los términos de “aventura personal”. En este sentido, la incorporación de Gabriela Michetti a la fórmula ponía en escena una fuerza política “desapropiada”, en la que los compañeros de ruta del empresario podían criticarlo informalmente, dramatizando una pluralidad deliberativa que complejizaba la imagen inicial de equipos técnicos apolíticos. Lo que en 2003 aparecía como antipolítico podía aparecer ahora como sensatez y calidad institucional, frente a una voluntad del poder hegemónico encarnado en el gobierno nacional. Por último, para que esta afirmación tuviera éxito, Macri debía evitar la confrontación directa, produciendo una diferenciación política desde la “propuesta” y la buena voluntad, ubicándolo en un lugar diferente al de la encendida retórica de la denuncia que caracterizaba a Carrió.

Esta evolución derivó en un holgado triunfo de Macri en la primera vuelta y, aunque debió transitar el ballotage (algo que no hubiera sucedido en otro contexto institucional), ello redundó en una victoria aún mayor.

CONCLUSIONES

En el año 2003, en un contexto político nacional caracterizado por la incertidumbre, líderes personalistas hegemonizaron la escena electoral, y lograron rearticular un campo político desestructurado por el colapso del sistema partidario. Para conformar esta escena, Aníbal Ibarra instrumentalizó su potestad para definir las condi-

ciones del proceso electoral, con el objetivo de expulsar a liderazgos alternativos y forzar a los múltiples fragmentos partidarios a encolumnarse detrás de su candidatura, formando una coalición con los fragmentos del arco de centroizquierda.

Con esta escena configurada, los principales actores intervinieron en la campaña electoral en un proceso de convergencia y diferenciación, a partir de la investidura de la promesa de renovación política como principio de identificación política, y de la crítica a la “vieja política” como principio de diferenciación. Aníbal Ibarra se identificó con la defensa de lo público frente a la amenaza de privatización por parte de la “vieja política” corrupta de la década de 1990, asociando a su contendiente con Carlos Menem. Mauricio Macri se presentó como un líder apartidario y renovador que intentaba recuperar un espacio público degradado por las estafas de *los políticos*, reivindicando el hartazgo de *la gente* frente a la frustración que estalló a fines de 2001, asociando a Ibarra con la incapacidad del gobierno aliancista.

Alimentándose del clima de opinión que instaló el nuevo gobierno nacional, la perspectiva ibarrista logró imponerse en la segunda vuelta. Parecía, entonces, que el campo delimitado por este juego de oposiciones podía reconstituir el fragmentado escenario porteño en una división ideológica entre actores de centroizquierda y de centroderecha. Sin embargo, ello no impidió que la coalición ibarrista en la Legislatura se diluyera rápidamente, retrayéndose progresivamente en una estrategia defensiva frente a la “amenaza privatista”, representada por el macrismo, a contramano de lo que, a nivel nacional, constituía la ambiciosa agenda presidencial.

La frustración de las expectativas de reorganización del sistema partidario se manifestó en las protestas sociales luego del incendio del estadio Cromañón. En ambos casos, los actores partidarios fueron incapaces de construir horizontes de sentido inclusivos para las acciones públicas de protesta de colectivos circunstanciales. Mientras los actores de la oposición quedaron acorralados entre las alternativas de actuar corporativamente, a espaldas de la protesta, o avanzar en un proceso cuyo resultado podía traer altos costos electorales, el gobierno porteño quedó cada vez más aislado, disolviéndose como fuerza legislativa y electoral, y cada vez más dependiente de las acciones del gobierno nacional. Este proceso derivó en la destitución del mandatario porteño bajo argumentos que validaban la caracterización que el macrismo hizo en la campaña de 2003, denunciando un progresismo de los discursos pero no de las acciones.

En todo ese proceso se ha manifestado cómo la fragmentación partidaria y la volatilidad de la opinión pública son características constitutivas de la dinámica política porteña. El estudio de puntos de convergencia discursiva o de repertorios de acción compartidos ha sido la base para el análisis de una arena donde los actores políticos y sociales cambian de forma permanentemente, dividiendo el campo político según oposiciones móviles. Al mismo tiempo, colectivos circunstanciales influyeron en la producción de la diferenciación política, produciendo discursos sobre la corrupción y la inseguridad con importantes consecuencias políticas e institucionales.

En el proceso posterior a la destitución del Jefe de Gobierno, y el ciclo electoral de renovación del ejecutivo local, nuevamente, un mandatario personalista sin partido político debió construir su oferta electoral utilizando los recursos de su cargo, lo que condujo a nuevos realineamientos políticos. La escena electoral, finalmente, se estructuró en torno de los mismos parámetros de 2003. Detrás de candidatos posi-

cionados en los sondeos de opinión se organizó una oferta electoral piramidal, donde organizaciones de diverso peso convivían con fragmentos de estructuras partidarias, movimientos sociales y cuadros políticos disponibles, articulados circunstancialmente y sin procedimientos internos consolidados.

La extensa disputa entre el Jefe de Gobierno y Daniel Filmus contribuyó a erosionar el propio espacio político que ambos intentaban parasitar, que continuaba los lineamientos del discurso ibarrista, aun cuando éste había fracasado rotundamente. Asumiendo que la única certeza de la competencia electoral era el rechazo de una porción mayoritaria del electorado a la figura de Macri, ambos candidatos agitaron las banderas de la transversalidad y la defensa de lo público, poco preocupados por resignificarlas y dotarlas de nuevos contenidos que interpelaran al electorado. Mientras tanto, la progresiva transformación del espectro político había beneficiado al macrismo volviendo verosímil su discurso. Con el progresivo desgaste del discurso kirchnerista y luego de la inapelable ineficacia de Ibarra, la figura de Mauricio Macri como verdadero defensor del espacio público frente a las amenazas de apropiación se convirtió en una propuesta verosímil.

BIBLIOGRAFÍA

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.

Bauman, Zygmund. 2003. *Modernidad líquida*. México: FCE.

Calise, Mauro. 2000. *Il partito personale*. Roma: Laterza.

Corral, Damián. 2007. "La seducción del instante y el hastío de la duración". En *Los lentes de Víctor Hugo*, compilado por Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro, 151-218. Buenos Aires: Prometeo.

Garretón, Manuel Antonio. 2002. "La transformación de la acción colectiva en América Latina". *Revista de la CEPAL* (76): 125-142.

Giddens, Anthony. 1996. *Más allá de la izquierda y la derecha*. Madrid: Cátedra.

Landau, Matías. 2010. *Socio-historia de la cuestión del gobierno de la ciudad: Buenos Aires, de la federalización a la autonomía (1880-1996)*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y EHESS (Universidad de París).

Levistky, Steven. 2005. *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista. 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mair, Peter. 2005. *Democracy beyond parties*. Irvine: Center for the Study of Democracy.

Manin, Bernard. 1998. *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.

Mauro, Sebastián. 2009. "Buenos Aires viceversa. La ciudad autónoma y la recomposición permanente de la escena". En *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, compilado por Isidoro Cheresky, 305-339. Rosario: Homo Sapiens.

Melucci, Antonio. 1994. "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales". *Zona Abierta* (69): 172-199.

Montero, Federico. 2007. "El devenir de una ilusión. Las tensiones entre kirchnerismo y progresismo. Una lectura a partir de su incidencia en el escenario de la Ciudad de Buenos Aires". Presentado en *4ª Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Buenos Aires: IIGG.

Mouffe, Chantal. 2007. *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.

Novaro, Marcos. 2004 "Menemismo, pragmatismo y romanticismo". En *La Historia Reciente. Ensayos sobre la experiencia democrática argentina*, editado por Marcos Novaro y Vicente Palermo, 24-32. Buenos Aires: Edhasa.

---. 2006. "Izquierda y populismo en Argentina: del fracaso del FREPASO a las incógnitas del kirchnerismo", En *La izquierda en América Latina*, compilado por Pedro Pérez Herrero, 115-190. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.

Ollier, María Matilde. 2002. *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Oszlak, Oscar. 1994. "Estado y sociedad. Las nuevas fronteras". En *El Rediseño del Estado: Una Perspectiva Internacional*, compilado por Bernardo Kliksberg, 45-78. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Palermo, Vicente y Marcos Novaro. 1996. *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma.

Slipak, Daniela. 2007. "Entre límites y fronteras: articulaciones y desplazamientos en el discurso político de la Argentina pos crisis (2002-2004)". En *Las izquierdas latinoamericanas, de la oposición al poder*, 243-376. Buenos Aires: CLACSO-CICCUS.

Torre, Juan Carlos. 2003. "Los huérfanos de la política de partidos". *Desarrollo Económico* 42 (168): 647-665.

ANEXO.
RESULTADOS ELECTORALES 2003-2007. CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

**Cuadro 1. Elecciones 24 de agosto de 2003. Categoría Jefe de Gobierno,
Diputados Nacionales y Legisladores ***

Partidos Políticos	Jefe de Gobierno		Diputados Nacionales	Car.	Legisladores Porteños	Car.
CPC	660.748 37,55% Macri R. Larreta		611.013 35,28% Vanossi	5	179.730 – 10,35% Michetti	7
Frente de la Esperanza Porteña					211.783 -12,20% De Estrada	8
Movimiento Generacional					140.645 -8,10% Mercado	5
Alianza de Centro					95.398 -5,50% Lynch	3
FP	590.051 33,54%	256.299 14,57%	232.661- 13,43% Lozano	2	240.270 -13,84% La Porta	9
De la Ciudad		192.489 10,94%	176.144 - 10,17% Giúdice	1	177.334 -10,22% Giorno	7
PRD	Ibarra- Telerman	141.263 8,03%	153.743 -8,87% Bonasso	1	128.173 -7,38% Kravetz	5
Autodeterminación y Libertad	216.168 -12,29% Zamora- Molina		208.238 -12,02% De Brasi	2	217.583 -12,53% Oliveto	8
Unión Para Recrear BA.	171.765 -9,76% Bullrich- Manfroni		170.308 -9,83% Martín	1	172.219 -9,92% San Martino	6
UCR	33.324 -1,89% Caram- Isuani		56.690 -3,27% Artaza		38.198 -2,2% Vázquez	1
IU	21.203 -1,21% Ripoll-Schiller		26.585 – 1,53% Walsh		32.833 – 1,89% Ripoll	1
Otros	66.181 -3,76%		97.029 -5,6%		101.651 -5,86%	
Votos positivos	1.759.440 96,99%		1.732.411 95,63%		1.735.817 95,68%	
Votos en blanco/ anulados	54.680 2,93%		79.193 4,37%		78.303 4,14%	
Votantes	1.814.120				1.814.120	

Electores habilitados: 2.597.993. Votantes: 1.814.120 (69.83%)

* La fórmula Macri-Rodríguez Larreta se presentó por la lista 305 en todos los casos.
La fórmula Ibarra – Telerman, en cambio, se presentó por las listas 185, 307 y 220.

Fuente: Dirección Nacional Electoral.

Cuadro 2. Elecciones 2003. Comparación 1º vuelta (24 de agosto) y 2º vuelta (14 de septiembre). Categoría Jefe de Gobierno.

Fórmulas	Primera Vuelta		Segunda Vuelta	
	Votos	%	Votos	%
Macri - R. Larreta	660.748	37,55	806.389	46,5
Ibarra - Telerman	590.051	33,54	926.155	53,5
Zamora - Molina	216.168	12,29		
Bullrich - Manfroni	171.765	9,76		
Caram - Isuani	33.324	1,89		
Otros	87.384	4,97		
Votos Positivos	1.759.440	100	1.732.544	100
Votos blanco/anulados	54.680	2,93	96.145	4,99
Votantes	1.814.120		1.825.159	

Electores Habilitados: 2.598.993.

Votantes: Primera vuelta 1.814.120 (69,83%). Segunda vuelta: 1.825.159 (70,25%).

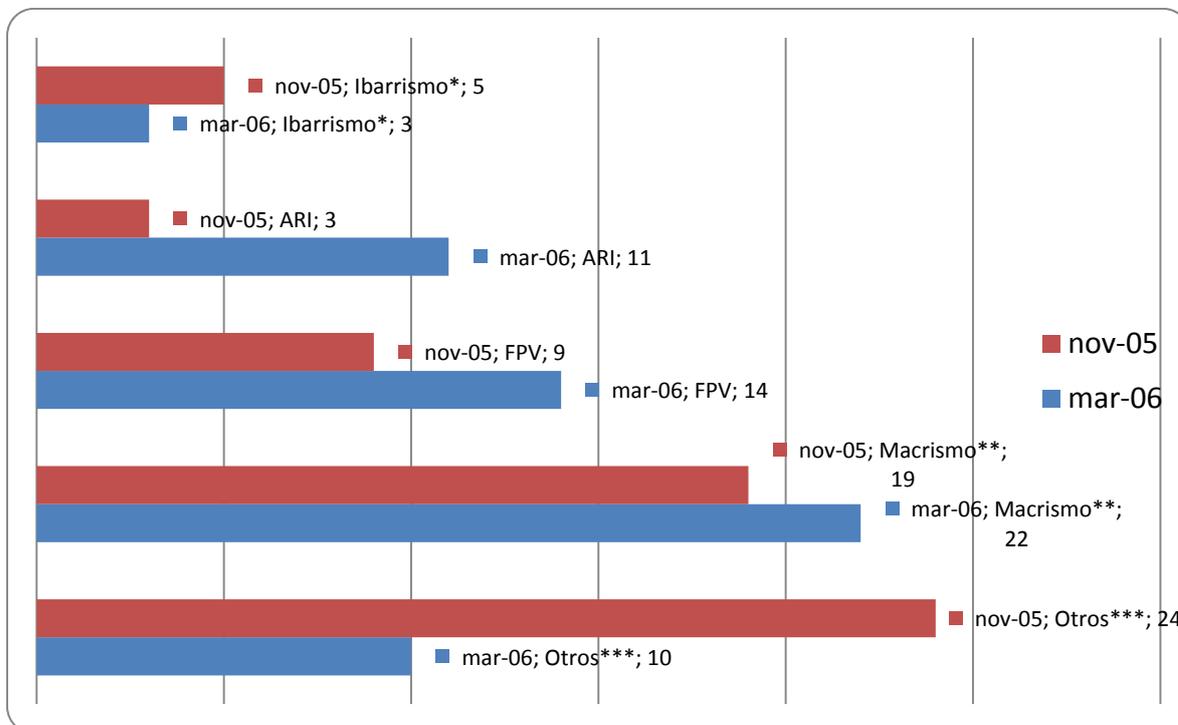
Fuente: Ministerio del Interior. Dirección Nacional Electoral.

**Cuadro 3. Elecciones 23 de octubre de 2005.
Categoría Diputados Nacionales y Legisladores. CABA.**

Partidos políticos	Diputados nacionales			Legisladores		
	Votos	%	bancas	Votos	%	bancas
PRO	610.898	34,09	6	581.923	33,01	13
ARI	394.373	22,01	4	364.223	20,66	8
FPV	367.164	20,49	3	339.051	19,23	7
PS	80.017	4,47	-	87.705	4,98	1
AYL	63.302	3,53	-	61.675	3,50	1
Otros	273.302	15,42	-	328.298	18,62	-
Votos positivos	1.792.056	100	13	1.762.875	100	30
Votos blanco/anulado	92.662	4,92		92.444	4,98	
Votantes	1.884.718			1.855.319		

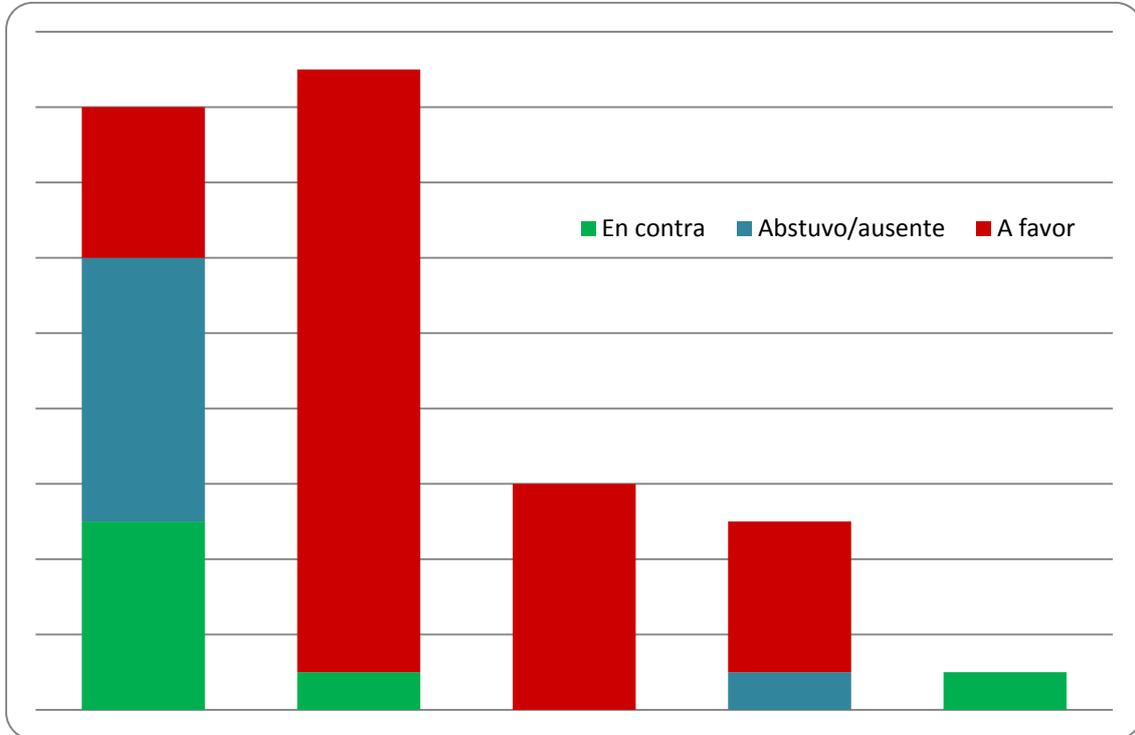
Fuente: Dirección Nacional Electoral. Electores hábiles: 2.588.782.

Gráfico 1. Legislatura CABA. Composición de bloques y alineamientos legislativos antes y después de la renovación parcial en 2005.



* Bloques FG y PS. ** Macrismo: en noviembre 2005 se suman los bloques CPC, JXBA y Alternativa Federalista. En marzo 2006 se suman los bloques CPC, JXBA, RECREAR y PRO. *** Otros: en noviembre de 2005 se suman los bloques Confluencia, Autonomía Popular, Partido de la Ciudad, Compromiso Social, Guardapolvos Blancos, Cambiemos BA, AYL, Salvador Maza, del Sur, MPL, UPR, Plural, UCR, IU. En marzo de 2006 se suman los bloques Autonomía Popular, Partido de la Ciudad, Compromiso Social, Guardapolvos Blancos, AYL, del Sur, Desde Abajo, UCR
Fuente: Elaboración propia sobre datos de Legislatura CABA.

Voto de los legisladores en la Sala Acusadora (sesión 14/11/2005) según alineamiento con candidatos en 2003.



A favor: por la constitución del Juicio Político.
En contra: de la constitución del Juicio Político.
Fuente: Elaboración propia sobre datos Legislatura CABA.

**Cuadro 4. Elecciones 3 de junio de 2007.
Categoría Jefe de Gobierno y legisladores. CABA.**

Partido/ Alianza	Jefe de Gobierno		Legisladores	Bancas
PRO	798.292 - 45,76% Macri - Michetti		768.748 - 44,32% Narodowski	15
DBA	414.205 23,75% Filmus – Heller	218.189 12,51%	250.471 - 14,44% Ibarra	5
FPV		196.016 11,24%	186.559 - 10,76% G. García	3
MBA	360.734 20,68% Telerman – Oliv- era	192.843 11,06%	172.642 - 9,95% Cerruti	3
CC		167.891 9,62%	148.899 - 8,59% Maffía	2
MST	51.465 - 2,95% Walsh – Bidonde		70.065 - 4,04% Walsh	1
Bs. As. Para todos	47.505 - 2,72% Lozano - González		51.506 - 2,97% Hourest	1
Otros	72.155 4,12%		85.504 4,93%	
Votos posi- tivos	1.744.356 100%		1.734.394 100%	30
Blan- cos/Nulos	57.479 3,19%		67.441 3,74%	
Votantes	1.801.835 70,04%			

Electores hábiles: 2.572.326.

Fuente: Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

**Cuadro 5. Elecciones 2007. Comparación 1º vuelta (3 de junio)
y 2º vuelta (24 de junio). Categoría Jefe de Gobierno**

Fórmulas	Primera Vuelta 03/06/2007		Segunda Vuelta. 24/06/2007	
	Votos	%	Votos	%
Macri - Michetti	798.292	45,76	1.007.729	60,94
Filmus - Heller	414.205	23,75	645.779	39,05
Telerman - Olivera	360.734	20,68		
Walsh - Bidonde	51.465	2,95		
Lozano - González	47.505	2,72		
Otros	72.155	4,12		
Votos positivos	1.744.356	96.79	1.732.544	94,01
Blanco/Nulo	57.479	3,19	96.145	5,99
Votantes	1.801.835	70,04	1.825.159	68,38

Electores hábiles: 2.572.326.

Fuente: Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Cuadro 6. Elecciones 28 de octubre de 2007.
Categoría Presidente, Diputados Nacionales y Senadores Nacionales. CABA.

Partido/Alianza	Presidente	Senadores		Diputados	
Coalición Cívica	707.188 37,78% Carrió - Giustiniani	529.850 28,86% Estenssoro- Cabanchik	2	CC - Bullrich 279.327 - 15,29%	3
				PS - Cortina 255.665 - 14%	2
Frente para la Victoria	445.064 23,78% Kirchner - Cobos	407.040 22,17% Filmus- M. del Pont	1	FPV - Tomada 232.547 - 12,73%	2
				DBA - Bonasso 159.092 - 8,71%	1
Una Nación Avanzada	344.400 18,40% Lavagna -Morales	UCR - Gil Lavedra 120.842 - 6,58%		UCR - Giúdice 106.106 - 5,81%	1
		PDP - Alterini 78.490 - 4,28%		PDP 79.228 - 4,34%	
		UNA - Posse 68.758 - 3,75%		UNA - Coto 67.085 - 3,67%	
Frente Justicia, Unión y Libertad	155.789 8,32% R. Saá - Maya	47.481 2,65% Lamas		48.617 * 2,66% Tarapow	
Partido Socialista Auténtico	74.697 4,04% Solanas - Cadelli	Proyecto Sur 126.645 - 6,90% Solanas		Proyecto Sur 133.233 - 7,30% Lozano	1
RECREAR	73.944 3,95% L. Murphy-Bullrich	PRO 248.744 - 13,55% Melconián		PRO 245.430 - 13,44% Pinedo	2
Otros	70.899 3,73%	255.332 11,26%		219.979 12,05%	
Votos positivos	1.871.981 100%	1.835.701 100%		1.826.309 100%	
Blanco/Nulo	75.928 3,90%	112.208 5,76%		121.600 6,24%	
Votantes	1.947.907	1.947.907	3	1.947.907	12

Electores hábiles: 2.583.026. Fuente: Dirección Nacional Electoral

* No incluye los votos a la Ucedé (2,24% para diputados) y a la Convocatoria de Integración Ciudadana (0,04%), que se sumaron a la categoría "otros".